

recaído en el escritor sueco Per Olof Sundman por el conjunto de su obra, cuyos tres títulos más conocidos fuera de su país son «La expedición», «Los cazadores» y «De día y de noche» (traducidos al francés). En el Jurado que eligió a Sundman figuraban Carpentier, Vassili Vassilikos, Bassani, Piovene, Caldwell... La dotación de este premio asciende a 30.000 francos. El Internacional de Prensa —catorce mil francos— recayó en el trabajo del inglés Ian Gibson, sobre la muerte de Federico García Lorca. Consiguó mayoría de votos en un Jurado compuesto por representantes de los siete semanarios «Newsweek», «Der Spiegel», TRIUNFO, «Nouvel Observateur», «L'Espresso Nin» y «The Observer», en razón a que «su trabajo se corresponde exactamente a los principios del premio (una obra fundada en una encuesta histórica, cultural y humana)». Los libros de Maria Antonietta Macciocchi sobre China y de Gilles Martinet, «Los cinco comunismos», fueron destacados por su importancia y calidad. El poeta, de origen libanés y lengua francesa, André Chéid, conocido por sus novelas «L'Autre» y «Le Sixième Jour», obtuvo el Aguila de Oro de la Poesía (10.000 francos). Presidía este Jurado, Pierre Emmanuel. La excelente tarea de Pierre Leyris como traductor de Shakespeare, Eliot y Melville al francés, obtuvo su recompensa en el marco de un coloquio sobre «el autor y su traductor». Estos fueron los más importantes de una larga serie de premios en un festival recuperado felizmente en este Año Internacional del Libro. ■

2.016 versos de un profesor maldito

Se ignoraba oficialmente que fuese poeta. Era, al parecer, un extraño profesor que exhibía sin recato su amor a los clásicos y su incurable iconoclastia. Se sabe que contaba con la sincera devoción de sus discípulos y con la no menos sincera inquina de algunos enemigos no tan «espontáneos» como —quizá un poco a la ligera— se ha llegado a afirmar. Había nacido en Zamora; pero podía haber nacido en Hierápolis, como el frigio Epicteto (profesor maldito donde los hubiere); o en Klazomenes, como Anaxágoras, que fue acusado de impiedad y expulsa-

do de una Atenas ultramontana; o en Sulmona, como aquel otro gran desterrado llamado Publio Ovidio Nasón... Porque, del mismo modo que existen individuos predestinados a gozar entre los suyos de esa académica y confortable «aurea mediocritas» que a nadie desazona, hay seres que nacen irremisiblemente condenados a la incompreensión oficial (es una manera de hablar) y al exilio. Y este personaje nuestro, profesor cesante desde hace algunos años y poeta «descubierto» hace apenas unas semanas —especialista en Georges Brassens y buen conocedor de la poesía crótica francesa», según recientes aseveraciones—, pertenece sin lugar a dudas al triste cotarro de los incomprendidos. Digamos para ahorrarnos futuros circunloquios que estamos hablando de Agustín García Calvo, ex catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. De él nos llega ahora un inesperado y desconcertante «Sermón de ser y no ser» (1), extenso poema de 2.016 versos sin solución de continuidad. Este «sermón» de García Calvo —«sermón» en el sentido latino del vocablo, es decir, «conversación» o «coloquio», y no homilía catequizadora— parte de una objetiva y acongojante confesión personal:

Amarga y seca la soledad, en tanto al menos / que se siente como falta y no ha aprendido uno / a alimentarse de ella y a saborearla...

Y culmina, tras el reconocimiento de que «nada es definitivo, sino borrador», en una esperanzadora y problemática invocación:

Benedito aquel que venga con la mano en alto / y borre las cenizas de la muerte, un día / que la red de oro se abra de par en par al aire / y se pierdan los murciélagos por el hondo cielo.

Entre uno y otro extremo, el «sermón» discurre por cauces formalmente —aparentemente— «clásicos». La sintaxis y la métrica del poema recuerdan —¿o acaso parodian?— ciertas traducciones literales de Ovidio o de Virgilio. Para que la ficción poética sea cabal, no falta incluso una amplia y sugestiva serie de metamorfosis. Pero, en esta ocasión, Perseo no luchará contra el celoso Fineo, ni acogerán Filemón y Baucis a los dioses peregrinos, ni Proserpina será raptada por un Plutón hastiado de sus inferna-

El libro de bolsillo Alianza Editorial

Henri Lefebvre

La revolución urbana (378)

Mircea Eliade

El mito del eterno retorno (378)

Chumy Chúmez

Y así para siempre (*380)

William Golding

El Señor de las Moscas (*381)

Bernt Engelmann

Los traficantes de armas (382)

Carlo Collodi

Las aventuras de Pinocho (*383)

Prólogo de Rafael Sánchez Ferlosio

REEDICIONES

Francisco Ayala

Muertes de perro (156)

Pedro Salinas

Literatura Española Siglo XX (239)

Edgar A. Poe

Cuentos (277 y ***278)**

Jorge Luis Borges

El Aleph (309)

«POLITICA Y DEPORTE»

Luis Dávila y su antiénfasis

La contemplación del deporte es una actividad favorita del español. Han transcurrido ya varias generaciones de espectadores; España se ha convertido poco a poco en una excelente nación de espectadores de todas clases. No parece que fuese tal el propósito original. En un principio, al español se le ofrecía un manojito de aventuras mundiales. El deporte, al que se supone la virtud de crear ciudadanos fuertes y sanos, debía ser la base. La aventura se quedó en la esquina. El deporte se convirtió en espectáculo y le quedó el lenguaje enfático de la aventura que nunca sucedió. Los mercaderes se establecieron a la puerta del estadio. La religión se hizo negocio.

El énfasis suele producir un contraénfasis que llamamos humor. Luis Dávila comenzó a practicar su contraénfasis, su humor, hace algunos años en las columnas de TRIUNFO: sus crónicas han dado, por consecuencia, un libro que lleva por título «Política y deporte» (Editorial Andorra, 1972), que, sin duda, sobrepasan su propio lema. Al contrario que la mayoría de los intelectuales que han rehuido la proposición que se les hacía, Luis Dávila ha entrado con gozo en la situación

de espectador y, a lo que parece, incluso en la de participante, aunque en algún momento escasamente estelar. En lo que decididamente no ha entrado es en el énfasis. Cuando se le ha querido presentar un hombrecillo disfrazado de héroe olímpico, Luis Dávila ha seguido viendo al hombrecillo. Cuando se le ha querido mostrar una epopeya, Luis Dávila no ha visto más que una correría. El humor le ha ido limpiando de los ojos las telarañas del énfasis, el lenguaje del pathos; su antipatetismo, su antiénfasis, son algunas de las más eficaces aportaciones que se han hecho en los últimos tiempos para la comprensión final de una realidad carnavalizada.

El libro lleva un excelente prólogo de Manuel Vázquez Montalbán, compañero muy fraternal de Luis Dávila. El brillante polígrafo da inteligentes y esclarecedoras claves internas del libro que abre y de la aportación de Luis Dávila: la legitimación intelectual del tema, su utilización del género de reportaje cultural para aproximarse al objeto de su estudio, la busca del público, del pueblo, en todo el hecho deportivo. ■ P. B.

les soledades... Las metamorfosis de García Calvo recorren un patético camino circular: Rafallyo («que de rapaz se iba / con su madre a la cogida de aceituna») se transformará sucesivamente, y mediante simples e imaginativas mutaciones fonéticas, en el obrero español Gar-siá, que trabaja en las minas francesas de Sainte-Berthe; en el piloto de reactores Gars-ki, en un viejo sepulturero ucraniano, en el boxeador negro Gary, en el fugitivo y soñador Gárbil, en el enano Ga-Razid, en la taquimecanógrafa solterona Miss Gatzkiy..., hasta alcanzar de nuevo, tras un largo periplo por el espacio y el sexo, un posible punto de partida: Rafael García, limpiabotas en la plazuela sevillana de San Telmo. Todos son distintos, pero todos son también uno mismo. La mitología de García Calvo gira en torno al hombre como entidad osmótica. Lo humano es fatalmente transferible. Agustín García Calvo «es» —él se lo sabe— todos y cada uno de los elementos que integran el ciclo metamórfico:

«... Así que aquella ley que les obliga / a que sean infinitamente diferentes / es justamente la que en la verdad revela que son el mismo y uno...».

El «sermón» de García Calvo es, en el mejor sentido de

la palabra, una «vieja oda al nuevo humanismo». El individualismo —la creencia exclusiva en el valor infinito de las autodeficiones individuales frente a la inevitable necesidad de asumir todo lo que es humano— constituye, a fin de cuentas, el primer germen destructivo del Hombre.

«... apenas cabe cosa más aborrecible / que los hombres, a excepción, evidentemente, / de un solo ser, el Hombre».

Contra tanto «liberal de mala muerte, individualista del carajo», García Calvo sienta las bases de un especialísimo totalitarismo ontológico: sintetizando dos proposiciones contradictorias —la imposibilidad de partir el «todo» y la inexistencia del «todo» desde el momento en que existen «partes»— llega a la conclusión de que «cualquiera cosa es la mentira verdadera» y, en consecuencia, «ser hombre es ser una cualquiera cosa». No se trata, como puede comprobarse, de una conclusión optimista. Sin embargo, ciertos factores difícilmente especificables —quizá el estilo, el método de construcción lingüística, el pseudo-arcaísmo de la métrica— podrían inducirnos a sospechar que en el poema de García Calvo se ocultan intenciones no reveladas, escritas en clave, encubiertas por un premeditado hermetismo. Porque el «sermón» es, indudablemente, una obra críptica.

Y aunque su autor no tiene reparos en transmitirlo a destinatarios aún ignorados —«... sea lo que sea, / ale y a la calle, vete, sal; / cualquiera intenta, / con tanto que has crecido, convenceste ahora / de que te quedas quieto...»—, cabría suponer que él mismo es, ante todo, su principal destinatario. Reconozcamos, en todo caso, que si el «Sermón de ser y no ser» no nos restituye a un profesor maldito, nos revela al menos a un poeta admirable. Algo es algo. ■ SANTIAGO RODRÍGUEZ SANTERBAS.

(1) Agustín García Calvo, «Sermón de ser y no ser». Colección Visor de Poesía. Alberto Corazón, Editor. Madrid, 1972.

CANCION

Barbat: Un nuevo disco y muchos proyectos

Melancólico, romántico, cínico, irónico, tímido, introvertido, sensible, nostálgico, distante, lejano. «Les seves cançons». Su mundo interior. Su

guitarra, sus canciones, su voz extraña, agradable, desafinada. Su ático del Putech en Barcelona. L'Enric. L'Enric Barbat. Su nuevo «single»: «A prop de mi». «Si tu t'en vas».

Escuché el disco, hablé con él. Y me contó...

—Este invierno tenía un gran programa de ataque que se ha complicado y retrasado demasiado por cuestiones... burocráticas y administrativas. Estoy a punto de sacar un «long-play», tengo diecinueve canciones preparadas; he escrito once canciones para Guillermina Motta. Tengo un disco de tangos típicos, quince, traducidos al catalán. Quizá lo haremos también con Guillermina, porque hay tangos para ser cantados por un hombre y otros para que los cante una mujer. Pero de momento, en espera de que se solucionen los problemas burocráticos, voy a sacar este «single».

Enric Barbat prefiere, evidentemente, cantar y tocar la guitarra a hablar. Se pone a cantar su nuevo disco:

Si tu t'en vas, recorda tan-
[car la llum
que no em despertis abans
[que tu siguis iluny
Si tu t'en vas, per favor,
[sense crits,
com jorn suau que s'entre-
[ga a la nit
Si tu t'en vas, per favor,
[lentament,
ritme de vals, com la neu,
[dolçament...

A mí me gustan mucho las letras de Enric, son de una poesía suave y cotidiana que, salvando las distancias, me recuerdan un poco a las de Leonard Cohen. Desde luego, Barbat ha pensado ya en editar un libro con las letras de sus músicas, un libro bien hecho, ilustrado con dibujos quizá de Marcel Bergés.

—Lo que a mí me fastidia son los discos; en las grabaciones tengo siempre problemas. Es muy desagradable grabar en frío en un estudio vacío, encerrado entre paredes. Quieren pulir mi voz, es absurdo, deberían dejarme cantar como canto normalmente, desafinando y haciendo anah. Quieren hacerme cantar como un buen cantante y no lo soy, yo canto como canto y ya está. Si no me dejan cantar a mi manera, mi personalidad se diluye.

Enric vuelve a coger la guitarra:

Voldria un illoc, un qualse-
[vol
omplir de flors el teu bres-
[sol
péro com la lluna t'amagues
[al mati

[ny de mi.
quan mes a prop, mes llu-
Voldria que fossi per mi
jardiner del meu jardí.

Ahora, además de trabajar con Jordi Clúa, Barbat trabaja con un chico chileno, Jimmy, «el huevón» le llaman. Barbat hace unos acordes, una pequeña cosa, ellos lo enriquecen muchísimo musicalmente y las canciones resultan cada vez mejores. Enric Barbat me explica que él no quiere conseguir nada especial con sus canciones, dice lo que siente, lo que le ocurre y con esto trata de establecer una comunicación, de hacerle sentir algo a alguien, creer que la importancia de una canción dura más de tres minutos es una falta de humildad tremenda —me dice—, pero por otra parte, si en estos tres minutos se consigue establecer una comunicación con la gente, es va estupendo, y muy a menudo Barbat consigue esta comunicación.

—Lo de cantar cosas prometidas o no es muy relativo. Yo cuando canto siento que mi cuerpo vibra y se estremece; en cambio, podría cantar infinitas canciones sobre cosas que se considerarían más trascendentales y sin embargo no me ocurriría nada.

Sigue cantando largo rato temas de sus nuevas canciones.

Es tan bónica pensar que es-
[tar per arriar algú
que el camí cruxirà i pot-
[ser seras tu...
...No t'ho creuras si et dic
[que ahir
la teva imatge es va ador-
[mir amb mi.

Música suave, poemas de la cotidianeidad, poemas de amor, ironía. Belleza delicada con un toque burlón.

Y un nuevo «single» de Enric Barbat, anticipo de su próximo «long-play»: «Si tu t'en vas, prop de mi». ■ M. J. RAGUE ARIAS. Foto: PILAR VILLARRAZO.

CINE

Ese melancólico cine español

El director de «Las melancólicas» es Rafael Moreno Alba, que realizó antes «Ga-